

Todas las noches lo espero.  
—¡Quién sabe de dónde viene!—  
Frente a mi reja detiene  
su caja, el organillero.

En triste meditación  
leyendo sin entender,  
olvidome de encender  
la luz en mi habitación.

Cuando ya la noche empieza  
me place en la sombra estar,  
que así puedo dibujar,  
en la sombra mi tristeza.

Bulle, en la calle, la gente;  
suenan los «fords» su bocina;  
y, hecho una ascua, se ilumina,  
en oro, el café de enfrente.

De pronto, viene ligero  
y para junto a mi reja,  
tal vez por costumbre vieja,  
su caja, el organillero.

Es varita de virtud  
el manubrio, porque siento  
salir del tosco instrumento  
voces de mi juventud.

Y en mi cerebro nublado  
las impresiones, despiertas,  
son un baile de hojas muertas  
en un jardín olvidado.

Toca el organillo.—Toca  
aires corrientes y feos  
que alegran los tintineos  
de una campanita loca.

Mas entre la baladí  
música que atruena el viento,  
oigo, a veces un vals lento  
que es muy triste para mí...

—¡Mira qué cansado vine!

—¿Me quieres?

—Te quiero mucho...

—Pues toca tu vals, lo escucho,  
y luego vamos al «Cine».

La muchacha sonreía,  
porque es «dilettante brava»,  
y yo miraba, miraba,  
presentía... presentía...

Miro mi casa que engrien  
sueños castos, horas quietas;  
salen entre las macetas  
rostros de niñas que ríen.

Es tarde; la luz se va,  
y aun tengo el libro en la mano;  
gruñe el perro, canta el piano,  
y una voz grita: ¡papá!

Es la voz que aquí me nombra,  
la que mi soledad llena,  
la que en mi espíritu suena  
como una fuente en la sombra.

Todas las noches lo espero;  
 y esperarlo me entretiene;  
 mi amigo el organillero  
 me toca el vals que yo quiero...  
 Quién sabe de dónde viene...!

## La dádiva,

Un mendigo en la esquina de la calle,  
gangua su canción,  
todo encorvado sobre la guitarra  
(sin cuerdas ella, como él sin voz).

Es un anciano de ébano que luce,  
de un blanco sucio los cabellos. No  
encuentro símil más exacto que éste:  
cabeza de ceniza y de carbón.

Un viejo esclavo que, como antes una  
cadena, arrastra hoy,  
entre harapos, por calles y por plazas,  
su hambre, su libertad y su dolor.

Gentes desocupadas y curiosas,  
niños y perros, su auditorio son:  
vuelan los «autos», pasan las mujeres...  
Todo es luz, regocijo, vida, sol.

UNIVERSIDAD DE MICHIGAN  
BIBLIOTECA UNIVERSITARIA  
"ALFONSO REYES"  
MICHIGAN STATE UNIVERSITY

Pueblo también, me paro a oírle. Sufro  
de un poco de ternura y compasión;  
y sufro de retórica, y por eso  
el símbolo clarea en mi interior.

— ¡Mi alma es ese mendigo! —

El viejo esclavo  
su gorra tiende al fin de la canción;  
y, en calderilla, doile una limosna,  
cual si a mí mismo me la diera yo...

Alta noche.

BIBLIOTECA CONSINA

La ciudad, semiobscura, languidece.  
Del cielo baja un cálido esplendor.  
En los muros fantásticos, parece  
que las flamas del gas tienen sopor.

Por callejuelas sórdidas me pierdo,  
y, andando, andando, me detiene el mar;  
me punzan las espinas del recuerdo,  
¡y me pongo a llorar!

LIBRERIA CONSINA  
SABIDOYERIA

La ciudad, empujando, legrándose  
 Del cielo bajo un cielo espléndido  
 Los los muros fantásticos, la  
 que las flores del día dicen que  
  
 Por callejuelas solitarias me guíe,  
 Y andando, andando, me dejase el mar  
 me puzan las espigas del verano  
 Y me puzan a llevar

A ignota.

(Faint, illegible text)

(Faint, illegible text)

BIBLIOTECA FONGINA

Bella y desconocida  
tú pasas por mi vida;  
y siento el corazón  
levemente agitado,  
porque tú lo has bañado  
con luz de ensueño y de ilusión.

Desconocida y bella!  
Una noche, una estrella,  
la soñada Stambul;  
el mar, la lontananza;  
todo lo que es anhelo y esperanza,  
todo lo que es fantástico y azul.

Y mi labio te nombra,  
y atraviesas mi sombra  
y siento acariciado el corazón.  
¡Y en mi alma te diseño,  
con misteriosa vaguedad de ensueño  
y lejana belleza de ilusión...!



Bella y desconocida  
 la casa por su sitio,  
 y como el mundo  
 levanta el espíritu  
 porque si lo que sucede  
 con las de espaldas y de frente

Desconocida y bella  
 las cosas que suceden  
 la casa de arriba,  
 el que la fantasía  
 todo lo que es anhelo y esperanza  
 todo lo que es fantasía y amor

Y mi labio se confiesa  
 y vive en la casa  
 y como se levanta el espíritu  
 Y en mi alma se divide  
 una existencia vagando de espaldas  
 y hacia delante de frente

Las horas van y vienen  
 las horas van y vienen

### El hambre de las horas.

Las horas van y vienen  
 las horas van y vienen  
 las horas van y vienen  
 las horas van y vienen  
 las horas van y vienen  
 las horas van y vienen  
 las horas van y vienen  
 las horas van y vienen

Las horas van y vienen  
 las horas van y vienen  
 las horas van y vienen  
 las horas van y vienen  
 las horas van y vienen  
 las horas van y vienen  
 las horas van y vienen  
 las horas van y vienen

BIBLIOTECA DE CONFINA

Las horas estaban coléricas;  
las horas tenían hambre;  
del antro profundo del tiempo  
las horas salían voraces.

Erinnias rabiosas,  
corrían el mundo ululantes;  
y las sierpes de sus cabelleras  
silbaban de ira en los aires.

Había en sus gestos trágicos, angustias;  
había en sus senos flácidos, coraje;  
y sus puños, cerrados y trémulos,  
blandían puñales.

Las horas estaban enfermas;  
las horas tenían hambre.  
De día y de noche, por llano y montaña,  
por tierras y mares,  
por debajo del suelo, cual topos;  
por encima del viento, cual aves;

perseguidas de lobos y buitres,  
 las horas buscaban, tercas, incansables.  
 Buscaban y hallaban. Los hombres,  
 repentinamente locos, cual enjambre  
 que, en tropel agitado, brotara  
     de los colmenares,  
 rompiendo celdillas y ceras,  
 y mieles volcando y panales,  
 querían—los hombres—salir al encuentro  
 de las horas hambrientas e implacables;  
     unos, deteniéndose;  
     otros, empujándose;  
 éstos, encendidos de valor y audacia;  
     aquéllos, cobardes;  
 pero todos, todos, todos acudían  
 a la voz de las horas enfermas,  
 que tenían hambre.

Engullendo, cruzaban los campos  
 de batalla, las horas fugaces.  
 ¡Devoraban las vidas, los frutos  
 divinos del árbol fragante;  
 e iban arrojando — cáscaras inútiles,  
 o fardos vacíos — los cadáveres!  
 (En las noches de luna ¡qué opíparo  
     festín a los canes!)

¡Y siniestramente corrían las horas,  
 entre el espantoso clamor del combate;  
 entre el humo negro, los cañones roncoss,  
     las balas silbantes!  
 Hastiadas de hombres, hincaban los dientes  
 en piedras antiguas, en viejos sillares;  
 y mordían, mordían palacios,  
     torres, catedrales.  
 ¡Qué placer el de echar en los surcos,  
 en vez de semillas, andrajos de carne!  
 ¡Qué gozo el de ver inundadas  
 las llanuras con linfas de sangre!  
 ¡Qué infernal regocijo  
 el de ir arrasando ciudades,  
 y mirar el incendio en los muros,  
 que las llamas, sensualmente, lamen!  
 Devorados robustos varones,  
 buscaban las horas voraces,  
 lívidos ancianos, débiles mujeres,  
     rollizos infantes.  
 Y la muerte, como en los remotos  
     tiempos medioevales,  
 irónicamente reía, y cantaba:  
 «A mi danza venid, los mortales.»  
 Las horas estaban coléricas;  
 las horas tenían hambre,  
 y gruñendo salían del hondo  
     caos de las edades.

¡Señor, basta! Que ya es necesario  
que las horas, hambrientas, se sacien;  
vuelve a las tigresas a la nada, ahitas  
de dolor, de miseria y de sangre.  
¡Señor, lanza un rayo de tu omnipotencia,  
y con él destruye cóleras y males;  
el Hombre está loco, pávidas las almas,  
enfermas las horas, mudas las piedades!  
¡Paz, Señor, y esperanza y consuelo,  
y que tornen las blancas, las suaves,  
las dulces y lentas y paradisiacas  
horas, en que duermen campos, urbes, cármenes,  
y el ala del éxtasis despliega el espíritu,  
y lo eleva a un sueño muy alto y muy grande;  
y cierran las flores y encienden los astros  
las maravillosas manos de los ángeles!

## Las cartas.

---

Escribo.-Interrogo.-Esperó.

En medio del bochorno de la siesta,  
yo me pregunto: —¿Qué obsesión es ésta,  
en la que inquieto y angustiado vivo?  
Hece tiempo que escribo, escribo, escribo,  
y nadie me contesta.

—Que ha llegado el vapor! Viene el cartero;  
saluda de mi puerta en los umbrales;  
me da libros, periódicos, postales...  
¡y no me da las cartas que yo quiero!  
Todos, al verle, se apresuran; giran  
en torno de la gran bolsa de cuero,  
preguntan: —¿Tengo cartas?— Y suspiran;  
las reciben, sonríen y me miran;  
yo espero, espero, espero...  
Los huéspedes, leyendo, se retiran  
y se marcha el cartero.

—¿Qué obsesión será ésta  
en la que, en sombra y soledad me ahogo?  
Interrogo, interrogo;  
pero nadie contesta.

BIBLIOTECA CONSINA  
CARRILLAS

¿Cuándo vendrán? ¿Qué me dirán...? Y pienso  
 en la audaz aventura del viaje:  
 ¡Qué pequeña una carta! El mar, ¡qué inmenso!  
 ¡Y qué perfidias las del oleaje!  
 Tal vez, por compasión a mi destino,  
 como llegan sin besos ni caricias,  
 se quedaron, adrede, en el camino,  
 temerosas de dar malas noticias.  
 Quizá, para mi bien, alguna tuvo  
 la encantada virtud de un amuleto,  
 y una mano atrevida la detuvo,  
 rompió la neta y profanó el secreto.  
 ¿Qué traerán, si vienen? ¿Un presagio  
 obscuro? ¿Una tragedia? ¿Un mal? ¿Un duelo?  
 ¿Los ayes del naufragio?  
 ¿La desesperación? ¿El desconsuelo?  
 ¿Vendrán llenas de aliento y de ilusiones?  
 ¿O de tristeza y de melancolía?  
 ¿Me entregarán reliquias y oraciones?  
 ¿Me dirán que soy bueno todavía?  
 ¿Veré manchas de llanto en sus renglones?  
 ¿Lograré adivinar las emociones  
 en los rasgos de la caligrafía?

Necesario es que pena y alegría,  
 en este mar de incertidumbres, breguen.  
 ¡Oh, que lleguen, que lleguen!—digo un día...  
 Y digo al otro día: ¡que no lleguen!...

El buque se va.

Como en mis años de estudiante, llevo  
un libro bajo el brazo.

¡Hermoso día

en que todo parece limpio y nuevo:  
la luz, el horizonte, la bahía!  
Yo salgo de la casa de un mancebo,  
de dar clase de Historia y Geografía.  
Voy por el «Malecón» entretenido  
en pensar versos que después olvido.  
El panorama con la vista abarco,  
y me deslumbra. —Hace un calor de fragua—.  
¡Qué brillante está el cielo! El mar ¡qué zarcó!  
Y cual un monstruo enorme a flor de agua,  
por la «boca» del Morro sale un barco.

En pie, sobre cubierta,  
todo el pasaje, para ver, se asoma:  
y un prisionero afán., que en mí despierta,  
sigue del mar las espumantes rayas

que deja el buque, cuando, airoso, toma  
el rumbo de mis playas.

Yo grito con los ojos: ¡No te vayas,  
no te vayas sin mí! —Pero es inútil.

Los barcos no conocen este fútil  
e incomprensible idioma...

De repente, sonrió: la paloma  
de un pañuelo, aletea; y es consuelo  
que me impregna el espíritu de aroma...  
No distingo quién es, mas ese vuelo  
deja que mi amargura se mitigue,  
un ansia de partir mueve mi duelo,  
y una rebelde lágrima persigue  
el adiós misterioso del pañuelo...!

## Presagio.

BIBLIOTECA FONSINA



Tarde azul.. Estoy sentado  
 en una banca del Prado;  
 y, de pronto, he sorprendido  
 a un gorrion enamorado,  
 que hace, en una rama, el nido.

El crepúsculo es ventalle  
 de colores.—Ni un detalle  
 pierdo del gorrion bizarro  
 que alzó un alcázar de barro  
 con basuras de la calle.

Va adelante, vuelve atrás,  
 y mi corazón le dice.  
 «¡Qué fatiga! Vienes, vas...  
 ¡Pobre pájaro, tú estás  
 haciendo lo que yo hice!»

«Concluye, que poco falta!...»  
 Mas de improviso me asalta  
 un temor, y me parece  
 que cae una nube alta  
 y en el horizonte crece.

Y pienso: «Nubes violentas  
 vienen por el mar, y así  
 se aproximan las tormentas...  
 ¡Pero tú no te amedrentas,  
 gorrión de alas cenicientas!  
 Te va a pasar lo que a mí!

Cirilo.

BIBLIOTECA FONSINA